



OPINIÓN

**ANDRÉS
CLARIOND RANGEL**
anclaran@hotmail.com



*Todo cambió casi sin aspavientos:
la Corte se fue, la venganza quedó
y el pueblo ni cuenta se dio.*

El discreto encanto

No hay plazo que no se cumpla ni venganza que no llegue para los gobernantes que acaparan el poder en México.

La ministra Norma Piña se negó a aplaudirle al entonces Presidente AMLO y luego la Suprema Corte le quiso descarrilar su trenecito, razones suficientes para que ahora el Poder Judicial sufra las consecuencias. “El que me la hace, me la paga”, repetía Andrés Manuel en su cabeza contando los segundos para que una mayoría absoluta en San Lázaro le permitiera vestirse de Hamlet.

Lo primero que López Obrador hizo al mudarse a su finca de Palenque fue colgar un calendario. El diseño es irrelevante. Si era de gatitos o del Che Guevara no abona al punto en cuestión. Su función es lo importante y ésta dista de ser inocua. Definitivamente, no era para contar las semanas hasta el siguiente encuentro con su amada Beatriz. No, el ex Presidente dibujaba sobre cada día que pasaba una calavera esperando el día del juicio final, no el de los católicos, sino el de los jueces malcriados.

El cántico de un pajarito trogón con los colores de la bandera de México le avisó a Andrés Manuel que se aproximaba el domingo del juicio final. Dejó la hermosa vista de un atardecer sabatino en la selva para recluirse en su casa. Se puso sus pijamas retro que asemejan la toga de un juez y se acostó. En sus sueños lo visitó el fantasma rojo de Engels y lo llevó a ver el desastre de un México post reforma judicial. Al final del tour, AMLO le comentó que él tenía otros datos y se despertó sin remordimientos.

Se dirigió a su refrigerador. Aun en un hogar de conocida austeridad, nunca falta un buen par de huevos, sobre todo tratándose de la casa de un luchador social. Esa mañana, Andrés Manuel se los preparó estrellados y los ponchó pensando en los actuales ministros de la Corte. Se vistió con ropa blanca y, emulando una divina garza, se dirigió a su casilla.

Andrés Manuel llegó a votar sintiéndose Juan por su casa, no porque ya fuera dueño del INE, sino porque estaba en su pueblo, rodeado por su gente después de meses de, cual Francisco de Asís, sólo estar en con-

tacto con el hermano lobo. Ahí declaró que la mejor Presidenta del mundo es Claudia Sheinbaum, escondiendo en la bolsa de su pantalón su mano con los dedos cruzados.

A mil kilómetros de Palenque salía de votar la susodicha favorita del mundo mundial. Claudia desfiló con su esposo con un brillo que a muchos encegueció. La pareja presidencial irradiaba gallardía, aplomo y personalidad.

Al regresar a su Palacio, Claudia experimentó lo que desde niña le daba curiosidad mientras escuchaba la clase de historia de México: ¿qué sentirían los Presidentes el día de la elección si ya conocían el resultado? Con la diferencia de que, aunque Claudia sabía que ganarían sus jueces acordeonistas, no estaba tan segura de la afluencia de votantes. ¿Habría valido la pena el acarreo?

Como balde de agua fría Fiji de fifis le cayó el dato: sólo 12.7 millones de personas votaron. Fiel a su costumbre de hurgar en el pasado las respuestas al presente, Claudia encontró las raquíticas votaciones del PRIAN y se las regaló a sus fans para que se pudieran defender.

Esa parte estuvo fácil comparada con el tremendo reto de dar un mensaje de video bien actuado. Mantener la sonrisa de oreja a oreja contraviniendo su estado de ánimo fue titánico para Sheinbaum y generó críticas entre sus detractores.

A pesar de los bemoles, el régimen instrumentó su venganza y reemplazó una Corte engorrosa y leguleya por una que habla el idioma del pueblo. El festejo mayor hasta el momento ha sido la llegada de un ministro indígena, quien ya avisó la sustitución de la toga negra por un traje típico colorido. Como en “El mago de Oz”, pasaremos del sepia neoliberal a una 4T technicolor donde los más incapaces encuentran su valor en el mundo.

Todo esto en el marco de ese estilo de la 4T que se podría llamar “el discreto encanto de imponer”. Una manera de ejercer el poder con mano suave, logrando cambios radicales sin mucho aspaviento.

“¿Cómo se les ocurre pensar mal de nosotros?”, dicen los morenistas, “¿seríamos incapaces?”. Así nos han tenido a los mexicanos por siete años, como ranas en agua calentándonos en una calma chicha donde aparentemente las cosas no empeoran.

¿Será la reforma judicial la flama que finalmente nos queme?